

DESDE EL ENCUENTRO CON EL DIOS MISTERIO

ENGENDRAR PALABRAS DE VIDA PARA LA COTIDIANIDAD

Liliana Badaloni O.P.

Es imposible vivir una “solidaridad universal nueva”, sin auténtico amor fraterno. La solidaridad se corrompe y convierte en competitividad, si no se apoya y crece en un genuino amor fraterno.

Y este amor fraterno fidedigno, probado, cierto, es el mandamiento nuevo que nos dejó Jesús: “Les doy un mandamiento nuevo, que se amen unos a otros como yo los he amado: ámense así unos a otros. En esto conocerán todos que son mis discípulos, en el amor que se tengan unos a otros” (Juan 13,34-35). En Juan 15,17 Jesús insiste: “Esto es lo que les mando, ámense unos a otros”.

La de Jesús es una propuesta horizonte de nuestra vida. Y ¡qué difícil es a veces! Sí, es difícil, pero factible, realizable, viable.

Preguntémosnos entonces: ¿qué es lo que hace posible vivir este mandato?:

Pienso que lo que permite que vivamos aquello que nos pide Jesús, es que comprendamos que el amor es también un don de Dios Misterio a sus seguidores por la mediación de Jesús: “Si me aman, cumplirán mis mandamientos; y yo pediré al Padre que les envíe otro Defensor que esté siempre con ustedes: el Espíritu de la verdad, que el mundo no puede recibir, porque no lo ve ni le conoce. Ustedes lo conocen, porque él permanece con ustedes y estará con ustedes.” (Juan 14,15-17) Poder amar es un regalo mucho más que una tarea y un mandato. Regalo que se hace realidad en nosotros en la medida en que, mirando la vida de Jesús y conversando con Jesús, vamos descubriendo cómo nos amó Él, percibimos que se fue dando cotidianamente hasta entregar su vida por nosotros. Él, que es ‘el camino, la verdad y la vida’, nos enseña a vivir, a vibrar con Él, a entregarnos. Probablemente, si pausamos nuestro ritmo de vida, si nos detenemos y lo contemplamos serenamente, nos convoca, nos motiva, nos apasiona, nos despierta, nos atrae y sintiéndonos atraídos por su estilo de vida contracultural, vamos haciéndole lugar en nuestro interior

para que en nosotros se concrete el “si alguien me ama cumplirá mi palabra, mi Padre lo amará, vendremos a él y habitaremos en él” (Juan 14,23). En este dejarnos habitar, que nos transforma, nos cincela, vamos encontrando con mayor profundidad el sentido de nuestra existencia y las fuerzas necesarias para la fidelidad.

Diariamente darnos espacio para mirarlo y dejarnos mirar. Estar con Él, conversar, dejar que nos ‘diga’ su evangelio con palabras significativas que me impulsan a una vida interior fecunda y conducen a una vida comprometida con la historia real desde esta experiencia de interioridad vivificada y vivificante para todos los que se pongan en contacto con nosotros.

Desde una conversación cotidiana con Jesús parecida a la experiencia de los Apóstoles y narrada en los capítulos 13 al 17 del Evangelio de Juan, en que el ‘testamento espiritual’ de Jesús, penetra la mente y el corazón de sus discípulos y llega a impregnar toda su vida, se va esculpiendo, modelando nuestra fidelidad creativa que lentamente va haciendo posible la vivencia del ‘mandamiento mayor’.

Conversación con Jesús. Conversación con el Dios de Jesús. Vida de oración. Trato próximo y fraterno de los que comparten la vida teniendo un proyecto común. Conversar con palabras que tocan el corazón y se fijan en la memoria. Experiencia de ternura en los acontecimientos de la vida. Es un estilo de convivencia amiga que dilata el corazón y son la fortaleza en los momentos de dificultades. Nos ayudan a tener confianza y a vencer el miedo. Nos motivan para comenzar siempre de nuevo.

Es una práctica esta conversación profunda, que configura nuestro ser. No es un mero intercambio de palabras, es un proceso esencialmente activo, inherente a nuestra naturaleza relacional cuya finalidad última es vivir la experiencia del encuentro con nosotros mismos, con la Trascendencia, con los otros, con la realidad histórica. Este conversar es orar. Y la oración es una de las experiencias vitales que no tiene fecha de vencimiento.

El arte de la oración; el arte de la conversación es un camino pedagógico, un proceso gradual que requiere capacidad de escucha, de acogida, de

dejarse afectar por lo que el otro es, no sólo por lo que dice; una capacidad de mirar en profundidad que reconoce el camino de liberación.

En medio de la aridez de la vida, del desierto de las circunstancias, de la incertidumbre de las circunstancias humanas que hacen la historia; en medio del fracaso y de la desilusión de nuestras historias personales, comunitarias, y Congregacionales, Dios habita verdaderamente en esa tienda que somos y que tenemos que ensanchar: “Ensancha el espacio de tu tienda, despliega sin miedo tus lonas, alarga tus cuerdas, clava bien tus estacas” (Isaías 54,2)

===